

Ciudad Guayana; Venezuela - 16 de Febrero de 2.008.

12:45 p. m.

Presentado a Acharia por Rev. Fa Huò [Carlos Luís López Tovar]

Fuente: **EL HOMBRE QUE DESCUBRIÓ LA VERDAD. CUENTOS TAOÍSTAS.**

Autor: León David.

La Laguna de Los Ánades Blancos. Cuento Taoísta

¿Qué debe hacer **El Aprendiz**, que con sincero ardor desea transitar por **El Recto Camino** y contemplar **La Faz Deslumbradora de La Divinidad**?

Tsen-Ming, formuló esta pregunta a su maestro, el Bienaventurado Luang-Po, una radiante mañana de verano.

Lo que relato sucedió muchas generaciones atrás, en tiempos de El Emperador Chu-wen, a quien apodaban, no sin justicia, **El Guerrero Implacable**.

Pero volvamos a la pregunta del aspirante.

El iluminado dejó por un momento de podar las plantas del jardín (tarea en la que siempre se entretenía a esa hora) y respondió de esta forma a su discípulo:

- Hijo mío, para solucionar lo que te preocupa has de hacer lo que te digo: dirígete a La Laguna de los Ánades Blancos, la que al pie del monte de Los Venados extiende su frente solitaria en medio de los pinares olorosos. Aproxímate a su orilla y con mucho cuidado asómate a sus aguas; regresa entonces y dime que fue lo que pudiste contemplar.

Así se expresó el sapientísimo Luang-Po, que de inmediato retornó a su interrumpida labor de jardinería.

Hizo el monje lo que su maestro le pidiese y cuando estuvo de regreso le habló de esta manera:

- Amado padre, fui, llegué a la laguna, me asomé a sus aguas y vi mi propia imagen que como un espejo la cristalina superficie me devolvía.

- ¿Era nítida la imagen que observaron tus ojos? –inquirió el anciano.

- Una fuente de pulida plata no me hubiera podido reflejar con mayor nitidez –contestó el joven catecúmeno.

Muy bien –prosiguió el santo eremita, - has de retornar ahora al mismo sitio, y cuando alcances la orilla de la laguna, en el exacto lugar en que antes estabas, lanza una piedra sobre las aguas y con una vara revuelve el lecho cenagoso; mientras a esto procedes retorna a contemplarte en sus entrañas.

Sin tardanza cumplió el novicio lo que se le pedía. Y ya de regreso le dijo a su anciano mentor:

- Venerable Luang-Po, he aquí que siguiendo paso a paso tus instrucciones lancé una piedra al agua, revolví el fondo de la laguna con una vara y cuando me incliné sobre su superficie, nada pude discernir salvo borrosas formas... mi imagen había desaparecido.

El sabio le respondió:

- Querido Tseng-Ming, por lo que me acabas de contar imagino que has acallado la inquietud que turbaba tu espíritu.

El joven quedó pensativo unos instantes y luego, con inocente expresión de aturdimiento expresó:

- Maestro, me avergüenza decirlo pero en verdad sigo sin entender. Todavía ignoro qué ha de hacer el aprendiz para deleitarse con El Rostro de La Divinidad.

Al terminar estas palabras, el mozalbete bajó apesadumbrado la cabeza.

Entonces el viejo director del monasterio le dirigió una mirada compasiva, y con acento reconfortante le preguntó:

- ¿Porqué las mismas aguas en un momento reflejaban claramente tus rasgos y en otro posterior dejaban de reflejarlos?

- Porque al principio eran transparentes y tranquilas; y luego revueltas y sucias –contestó el mozo.

- A semejanza de ellas, hijo mío –prosiguió el Iluminado, lo primero que debe hacer el que aspira a contemplar el rostro de la Divinidad, es aquietar sus propias aguas, que la corriente de las pasiones enturbia con el lodo de los bajos instintos y de los placeres sensuales, y con el agitado torbellino de los deseos y de los pensamientos que tales emociones provocan. Convierte tu espíritu en sosegado y transparente manantial; no permitas que el fango de la existencia manche el cristal de tu mirada; a El Tao no le place reflejarse donde sólo hay excremento y podredumbre; en el agua apacible asomará su faz.

Tsen-Ming entendió. Sí, había entendido. Y no tardaron sus ojos en brillar con extraño fulgor, como brillaba al mediodía, como gema resplandeciente, La Solitaria Laguna de Los Ánades Blancos.

Final del Cuento